

vo, con intención de dar fuerzas á mi tío, y si era posible, salvarle; es decir, arrancarle á Foma, impedir el odioso matrimonio con la señorita vieja y hacer la felicidad de aquella desgraciada muchacha, pidiéndola en matrimonio. Porque el pretendido amor de mi tío por ella, se me aparecía como una miserable invención de Foma.

Como sucede en la juventud, iba de un extremo á otro, y alejando de mí toda vacilación, ardía en el deseo de obrar milagros y de realizar mil hazañas. Creía dar una prueba de extraordinaria generosidad al sacrificarme por la dicha de un ser tan encantador como inocente, y recuerdo que durante todo el trayecto, me sentí muy satisfecho de mí mismo. Era en Julio; brillaba el sol; ante mí se extendía la inmensidad de los campos de trigo, casi maduro ya... Había estado tanto tiempo encerrado en San Petersburgo, que me parecía ver el mundo por primera vez.



CAPÍTULO II

EL SEÑOR BAKHTCHEIEV

Se acercaba al término de mi viaje. En la población de B..., á diez verstas de Stepanchivo, tuve que detenerme para que un herrero arreglase el cubo de las ruedas de mi tarantass. Era trabajo de escasa importancia y quise esperar á que acabase para recorrer las diez verstas que faltaban.

Al echar pie á tierra me encontré con un señor gordo, detenido allí por una causa análoga á la de mi detención. Hacía una hora que esperaba; el calor tórrido del día le sofocaba; gritaba y juraba con una impaciencia gruñona y obstinábese en hacer que los obreros acelerasen su trabajo. A primera vista podía afirmarse que en aquel hombre

el mal humor era habitual. Tendría como unos cuarenta y cinco años de edad. Todo en él, su corpulencia, su doble sotabarba, sus mejillas infladas denotaba una pesada vida de hidalgo de aldea. Había en su rostro un no se qué de afeminado, que se echaba de ver en seguida. Su traje, ancho y confortable, no era, sin embargo, de última moda.

No pude comprender por qué estaba indignado contra mí, tanto más cuanto que nos veíamos por primera vez y que aún no nos habíamos dirigido la palabra, pero se advirtió claramente en las miradas furiosas que me lanzó así que bajé de mi coche. Sin embargo, yo sentía gran deseo de tratarle, porque por las charlas de sus criados supe que venía de Stepantchikovo, donde había visto á mi tío. No quería perder la ocasión de adquirir más amplias noticias.

Me quité el sombrero y le hice notar, con la mayor cortesía del mundo, que los viajes nos ocasionan con frecuencia accidentes muy desagradables; pero el buen hombre me miró de piés á cabeza con una mirada desdeñosa y huraña y luego, gruñendo, me volvió la espalda. Aquella parte de su persona ofrecía, sin duda con fertilidad, motivo á interesantes sugerencias; pero no era

muy propicia para iniciar una conversación.

—Grichka, no murmures ó te haré fustigar—gritó á su criado, afectando no haber oído mi observacion acerca de las molestias de los viajes.

Grichka era un lacayo viejo, de cabellos blancos y enormes patillas de nieve. También él daba pruebas de mal humor y no cesaba de murmurar. La amenaza del amo fué la señal para que él tomase la palabra.

—¿Qué me vas á hacer azotar? ¡Dilo más alto!—exclamó Gricka en voz tan clara que todos la oyeron, é indignado, se dedicó á arreglar algunas cosas dentro del coche.

—¿Pero qué es eso? ¿Qué es lo que acabas de hablar? «¡Dilo más alto!» ¿Te las vas á echar de insolente?—clamó el hombre gordo, enrojeciendo de ira.

—¿Por qué se incomoda usted así? ¿No se le puede decir una palabra?

—¿Incomodarme yo? ¿Lo oyen ustedes? Es él el que se incomoda; yo no me atrevo á decir nada.

—¿Qué murmuraciones son esas?

—¿Qué son? Me parece que he salido sin comer.

—Y qué me importa á mí eso? ¿Por qué no comió usted? Estaba hablando con los herreros.

—Sí; ¿Y qué tienes tú que decir de los herreros?

—No es contra ellos. Es contra el coche.

—Y ¿por qué?

—Pues naturalmente; porque se ha destrozado. No debe ocurrir nunca más.

—No era contra el coche; era contra mí. Tú tienes la culpa de lo que ocurre y protestas contra mí.

—Vamos; ¿quiere usted dejarme en paz?

—¿Y tú? ¿Por qué no me has dicho una sola palabra en todo el trayecto, cuando otras veces me hablas?

—Porque se había metido una mosca en la boca; nada más que por eso. ¿Es que estoy yo aquí para contar cuentos? Si le gustan á usted, no tiene usted más que traer consigo á la Melania.

El hombre gordo abrió la boca seguramente con la intención de contestar; pero no encontró qué decir y se calló. El criado satisfecho porque había demostrado ante todos su elocuencia y la influencia que ejercía sobre su señor, se puso á dar explicaciones á los obreros, con tono de persona importante.

Mis avances habían sido vanos, sin duda á causa de mi torpeza; pero se presentó una circunstancia inesperada que vino en mi auxilio. De la caja de un coche desprovisto de ruedas, cuya repa-

ración esperaba desde tiempo inmemorial, salió una cabeza abotargada por el sueño, despeinada y sucia. Provocó una risa general á los obreros. El hombre estaba encerrado en el coche donde se había metido á dormir la mona, y no podía salir de allí. Se debatía en vanos esfuerzos y acabó por suplicar que le buscasen una herramienta. Los concurrentes lanzaron la carcajada.

Hay muchas personas á quienes regocija los espectáculos grotescos sin que ellos sepan por qué razón. El hidalgo corpulento era de ese número. Poco á poco su rostro severo y taciturno se distendió, se endulzó y se llenó de alegría hasta serenarse por completo.

—Pero, ¿no es Vasilief? —preguntó compasivamente. —¿Qué hace ahí?

—Sí, sí, señor, es Vasilief—gritaron de todas partes.

—Se ha emborrachado—exclamó un obrero flaco y de cara seria, que pretendía representar un papel preponderante entre sus camaradas.—Se ha emborrachado. Hace tres días que abandonó á su patrón y que se oculta aquí. ¡Y ahora pide sus herramientas! ¿Qué vas á hacer con ellas, cabezota? Querrá empeñarlas.

—Achipouchka, el dinero, es como los pájaros: viene y se va. Déjame buscar mi herramienta, por Dios—suplicaba Vasilief, con voz débil y cascada.

34804

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. VES"
Año 1926 MONTERREY, MEXICO

—No te impacientes, ¡qué diablo! ya que estás bien aquí. Hace dos días que bebe sin parar; esta mañana lo recogimos en la casa, á primera hora, y le dijimos á Hatvei Ilitch que estaba enfermo, que padecía de cólicos.

Aquello determinó una explosión de carcajadas.

—Pero, ¿y mis herramientas?

—En casa de Zotii. ¡Mire usted, señor, que un hombre borrachol

—¡Ah, canalla! ¿Así trabajas tú? ¿Quieres empeñar la última herramienta que te queda?—gritó el hombre gordo, estremecido por una carcajada de satisfacción y ya de absoluto buen humor.—¡Si supiera usted qué ebanista tan bueno es! No hay ninguno tan bueno en Moscou. Pero ya vé usted qué bromas gasta—continuó dirigiéndose á mí.—Déjale salir, Arkhip, acaso tenga necesidad de algo.

El hombre gordo fué obedecido. Se arrancó el clavo que condenaba la portezuela del coche en que estaba encerrado Vasilief, que apareció todo manchado de barro y con el traje hecho pedazos. Entornó los ojos, y vacilando al andar, estornudó; luego, poniendo de pantalla la mano, dirigió sobre los circunstantes una mirada en redondo.

—¡Cuánta gentel ¡cuánta gentel! Y seguramente ninguno de ellos ha bebido

nada—dijo con tristeza y moviendo la cabeza contrito:—¡Buenos días hermanitos! Os deseo una buena mañana.

—¿Pero no ves que estamos ya en el mediodía, loco?

—¡Ah, te empeñas!

—¡Qué gracioso!—añadió el señor gordo, mirándome con afabilidad y riendo á carcajadas.—¿No te da vergüenza, Vasilief?

—Es la desgracia la que me hace beber, señor—contestó Vasilief, evidentemente satisfecho de hallar una ocasión para hablar de su desgracia.

—¿Qué desgracia, imbécil?

—Una desgracia nunca vista. ¡Estamos á las órdenes de Foma Fomitch!

—¿Quiénes? ¿Desde cuándo?—exclamó el hombre gordo con animación, mientras mi interés me obligó á avanzar un paso.

—Todos los de Kapitonovka. Nuestro señor el coronel (Dios le guarde) quiere regalar Kapitonovka, que le pertenece, á Foma Fomitch; le da setenta almas. «Es para tí—le dijo á Foma—tú no posees nada, porque tu padre no te ha dejado fortuna alguna.—Vasilief, sazónaba la narración á su gusto. Era un hombre que había llegado no se sabe dónde. Vivía en casa de los señores y comía en la cocina.—Pero te daré Kapitonovka; serás un propietario de tierras

con servidores; no tendrás ya más que hacer que ir viviendo...

Pero el hombre gordo ya no escuchaba. El efecto que el relato del borracho le produjo fué extraordinario; le puso enrojecido; su barbilla temblaba; sus ojos se inyectaron de sangre.

—¡Ya no faltaba más que eso!—dijo sofocado.—¡Este miserable de Foma propietario!... Al diablo todos. Terminad pronto; quiero marcharme.

Adelanté hacia él y le dije:

—Permítame una palabra. Acaba de hablar usted de Foma Fomitch; debe tratarse de Opiskine, si mal no recuerdo. Querría... en una palabra, tengo razones para interesarme por ese hombre, y desearía saber qué confianza puede ponerse en las palabras de este joven, cuyo señor Yegor Ilitch Rostanier quiere ceder una aldea á ese Foma. Me interesa enormemente.

—Permítame que le pregunte á mi vez, por qué se interesa usted por ese hombre, según sus palabras; porque para mí es una basura, no es un hombre. ¿Tiene acaso figura humana? Es una cosa innoble; pero no es un hombre!

Le expliqué que no conocía á Foma; pero que el coronel era mi tío y que yo era Sergio Alexandravitch.

—¡Ah! ¿Es usted el sabio? Pero hombre de Dios ¡no sabe usted con qué impa-

ciencia le esperan!—gritó el bueno del hombre ya francamente alegre.—Vengo de Stepantchikovo, donde no puedo terminar de comer, á tal extremo me es insoportable la presencia de ese maldito Foma. ¡Vaya un encuentro. Perdóneme. Yo soy Stepane Alexievitch Bakhcheiey, y le he conocido á usted cuando no levantaba más que un zapato... ¿Quién me iba á decir?... Pero, permítame.

Y el hombre, enternecido, comenzó á abrazarme.

Después de estas primeras efusiones, inicié sin más tardar mi interrogatorio, ya que la ocasión era favorable:

—Pero, ¿qué clase de hombre es ese Foma?—pregunté.—¿Cómo ha podido apoderarse de toda la casa? ¿Por qué no le echan? Confieso que...

—¿Echarle? ¿Está usted loco? ¡Echarle cuando el coronel anda delante de Foma de puntillas! ¡Foma pretendió una vez que el miércoles era un jueves, y todo el mundo creyó que era jueves! ¿Supone usted que invento? Pues así ocurre.

—Había oído decir cosas de esa especie; pero confieso...

—¡Confieso! ¡Confieso! No dice usted otra cosa. ¿Qué hay que confesar? Pregúnteme de dónde vengo. La madre del coronel aunque es una señora muy digna y una generala, ha perdido la razón... No puede prescindir de Foma.

Ella tiene la culpa de todo; ella fué la que le instaló en la casa y la tiene hechizada. No se atreve á decir una palabra, á pesar de la respetabilidad que le dió el casarse á los cincuenta años con el general Krakhotkine. En cuanto á la hermana del coronel, la solterona, más vale no hablar de ella, no hace más que lanzar exclamaciones de admiración. Basta; eso es todo. No tiene en su favor más que el ser mujer. ¿Pero merece alguna estimación? De todas maneras es casi indiscreto en mí el hablarle así á usted, porque al fin y al cabo es su tía. La única que no siente ninguna estimación por Foma es Alejandra Yegorovna, la hija del coronel, una muchacha de quince años, muy inteligente. ¡Una preciosa muchacha! Pero ¿qué cariño merece ese Foma, el viejo bufón que hacía imitaciones de animales para distraer al general Krakhotkine? ¡Y hoy su tío el coronel respeta á aquel pajarraco igual que á su propio padre!...

—Miseria no es vicio... y le declaro... Permítame que le pregunte... ¿Es guapo, inteligente? ..

—¿Foma? ¿Cómo? ¡Sí, muy guapo!—contestó Bakhtcheief con voz trémula de ira. Mis preguntas le irritaban y comenzaba á mirarme con recelo.—¡Muy guapo! ¿Oyen ustedes? Créa que Foma es guapo. Se parece á todos los anima-

les, para que lo sepa usted. ¡Ah! ¡y si por lo menos fuese inteligente, todo se arreglaría! Pero nada... Es preciso creer que les ha echado á todos un filtro, un hechizo. ¡Me encoleriza usted! ¿Eh? ¡Está ya todo listo?

—Hace falta herrar á Voronok—contestó Grigori con voz lúgubre.

—¡Voronok! ¡Ya te daré yo Voronok! Si, señor; estoy á punto de contarle á usted cosas que le dejarían con la boca abierta hasta el segundo advenimiento. Hubo un tiempo en que yo sentía cierta estimación por Foma. También á mí me había seducido. Lo sabe todo; conoce todas las ciencias. Me recetó unas gotas; porque ya notará usted que estoy enfermo. Pues á poco me cuestan la vida las tales gotas. Escuche, no me interrumpa; Foma hará derramar al coronel lágrimas de sangre; pero será demasiado tarde. Todos los vecinos han reñido con su tío por culpa de ese miserable Foma que insulta á cuantos le visitan por muy alta que sea su categoría. Sólo él es inteligente. Y como un sabio tiene derecho á dirigir á los ignorantes, habla y habla sin descanso. ¡Ah! ¡qué lengua la suya! Aunque se la cortase y se la echase al pudridero seguiría hablando mientras no la comiese un cuervo. Se ha hecho atrevido. Pero ¿qué digo? Ahora se ha puesto ha enseñar francés á los

criados. ¿De qué utilidad puede serles á los aldeanos el francés? A usted mismo ¿para qué le serviría? ¿Para hablar con las señoritas durante un baile? ¿Para decir soserías á las mujeres casadas? Todo eso no es más que un desarreglo. Yo creo que después de beberse un frasco de aguardiente ya se habla en todos los idiomas. ¡Eso es lo que yo pienso del francés! ¿Seguramente usted lo hablará también? ¡Ta, ta, ta, ta!—Y Bakhtcheief me consideró con indignación mezclada de desprecio.—¿También usted es un sabio, verdad?

—Por Dios, no; me intereso...

—¿También usted lo ha estudiado todo?

—Sí... es decir, no... Por el momento observo las costumbres. He estado mucho tiempo en Petersburgo y siento impaciencia por verme en casa de mi tío...

—¿Qué prisa tenía usted por venir? Mejor habría hecho usted en quedarse en su rincón, ya que tenía usted uno. Aquí su ciencia no le servirá para nada. Ningún tío le salvará á usted. En veinticuatro horas he enflaquecido yo en casa de ellos. ¿No me cree usted? Veo que no cree usted que he enflaquecido. Pues será como usted quiera.

—¡Pero si lo creo! pero es que todavía no puedo comprender...—respondí confuso.

—¡Bien! ¡Bien! Pues yo no te creo. Valéis poco todos vosotros con vuestra ciencia; os conozco bastante; estoy de vosotros hasta la coronilla. No me he encontrado yo con petersburgueses de la misma clase; todos son unos inútiles; todos fracmasones y propagandistas de la incredulidad; se asustan de un vaso de cognac, como si pudiese hacer daño. Me has indignado, muchacho, y ya no cuento más. No me pagan por contarte cuentos, y además, estoy cansado. No es cosa de hablar mal de todo y de todos, por otra parte, es pesado. Lo que no quita que Foma haya trastornado al ayuda de cámara de tu tío...

—En su lugar—intervino Grigori,—yo habría entregado á ese Vidopliassof á los azotes hasta que le saliese la estupidez de la cabeza.

—Cállate; nadie habla contigo.

—¡Vidopliassof!—dije por decir algo.

—¿Vidopliassof? ¡qué nombre tan raro!

—¿Qué tiene de raro? Se asombra usted demasiado para ser un sabio.

—¿Qué es lo que tiene usted contra mí? ¿Qué le he hecho yo á usted? Confieso que desde hace media hora que le estoy escuchando, no comprendo de qué se trata.

—Haces mal en ofenderte, amigo,—contestó el buen hombre.—Si te hablo

así es porque me eres simpático. No hagas caso de lo que acabo de decirle á mi criado; Grichka es un canalla; por eso le estimo. Me pierde mi excesiva sensibilidad y la culpa la tiene Foma. Le juro á usted que causará mi muerte. Hace dos horas que por su causa estoy al sol. Entretanto pensaba visitar al pope: pero Foma me ha dejado en tal situación que ya ni quiero yo ver á ese hombre excelente. ¡Y aquí ni siquiera hay una taberna relativamente limpia! ¡Todos son unos canallas! Y para volver á Foma; si tuviera aunque no fuese más que un grado, eso le disculparía; pero no tiene el más mínimo; estoy seguro de ello. Él dice que ha sufrido por la verdad; me gustaría saber cuándo. Mientras tanto hay que permanecer á sus pies. ¡Y no es que sea hermano del gran Turco! A la menor cosa que le desagrada, salta, grita, se lamenta de que se le insulta, de que se desprecia su pobreza. Nadie se atreve á ponerse á la mesa mientras no esté él, precisamente cuando él no quiere salir de su habitación con pretexto de «que se le ha ofendido, porque él solo es un desgraciado peregrino que se contentará con un pedazo de pan negro.»

Pero apenas se han sentado aparece y recomienza sus jeremiadas. ¿Por qué han empezado sin él? ¿Es porque se le

desprecia? Yo me he callado mucho tiempo. Creía que también yo me pondría á cuatro patas delante de él; ¡podía contar con eso! He servido en el mismo regimiento que su tío; pero he presentado la dimisión cuando tenía el grado de alférez; en cambio, Yegor Ilisch, no abandonó el servicio hasta el año pasado, siendo coronel, y para dedicarse á vivir en sus tierras. Yo se lo he dicho: «Estáis perdidos, si os plegáis á los caprichos de Foma. ¡Os va á costar muchas lágrimas!—«No—me contestó;—es una excelente persona; es mi amigo; me enseña el camino de la virtud.» ¿Y qué vá uno á decir contra la virtud? ¡Si supiese usted con qué motivo ha promovido hoy una escena! Escuche usted. Mañana es san Elías—aquí el señor Bakhtcheief se signó devotamente—y por lo tanto, el santo de Ilucha. Me proponía pasar el día con ellos y comer en su casa. Encargué á la capital un juguete magnífico, que representa á un alemán besando la mano de su prometida, que á su vez se seca una lágrima (no se lo doy ya; me lo llevo; está en el coche; hasta se le ha roto ya la nariz al alemán); Yegor Ilitch no deseaba más que divertirse un poco en tal día; pero Foma se opone á ello:

«¿A qué viene ocuparse tanto de Ilucha? Y yo, ¿no sé si cuenta ya conmigo?

—reclamó: ¿Qué piensa usted de eso? Ahí le tiene usted, envidioso de un niño de ocho años. «Bueno; añadió, en este caso es mi santo también!» Pero es San Elías y no san Foma. «No; también es mi santo.» Lo oigo y me indigno aún. Todos andaban de puntillas, preguntándose los unos á los otros qué harían. ¿Sería necesario felicitarle ó no? Si no se le felicitase podría incomodarse; si se le felicitase podría tomarlo por una burla. ¡Qué situación! Por fin se ponen todos á la mesa. ¿Me escuchas?

—¿Cómo si escucho? ¡con el mayor placer...! Aprendo muchas cosas... le aseguro...

—Sí; el mayor placer. Ya conozco yo tu placer... Me parece que te ríes de mí.

—¿A qué viene eso? Todo lo contrario; se expresa usted con tanta originalidad que casi me entran ganas de ir copiando sus palabras.

—¿Cómo copiar?—preguntó el señor Bakhtchief con aprensión y mirándome recelosamente.

—¡Oh! No digo que las copiase... Es una manera de hablar.

—Creo que me estás dando cuerda.

—¿Yo dándole cuerda?—pregunté con asombro.

—Sí; me azoras para hacerme cantar como un canario, y algún día me meterás en tus novelas.

Me apresuré á afirmar al señor Bakhtchief que no era yo hombre capaz de proceder de tal suerte; pero siguió observándome con desconfianza.

—Tú lo dices así; ¿pero te conozco yo acaso? También Foma me amenazaba con imprimirme vivo.

—Permítame, dije, con deseo de abandonar aquel terreno abrasado; permítame que le pregunte si es cierto que mi tío piensa casarse.

—¿Y qué importaría eso? Que se case, si es tal su gusto; no está el mal ahí. Hay algo más, contestó Bakhtchief pensativo. ¡Hum! Sobre eso no sabrá qué contestar. Su casa está ahora llena de mujeres, igual que las moscas junto á los dulces. ¿Pero quién sabe con cual de ellas se querrá casar? Le diré á usted, que no puedo soportar las mujeres. Creo que solo pueden hacer decaer, y que además, son perjudiciales á la salvación del alma. Le garantizo á usted, eso sí, que su tío está enamorado como un gato de Siberia. No le diré más; ya lo verá usted mismo; pero lo malo es que hay que alargar el asunto. ¡Si quiere casarse, que se case! Pero no; tiene miedo de hablarles de ello á Foma y á su madre, que iría lanzando alaridos por toda la aldea. ¡Y rebelarse! Porque Foma no vería con gusto que entraba una esposa en la casa; porque entonces

no podría permanecer en ella un par de horas. La mujer le echaría en el acto, y de tal manera que no lograría ya encontrar acomodo en todo el distrito. He aquí por qué hace ahora tantas carantoñas de acuerdo con la madre y por qué quieren colocarle á esa... ¿Qué tienes tú que cortarme la palabra? precisamente iba á contar lo más interesante de la historia, cuando me interrumpes. ¿Crees que es galante interrumpir á un viejo?

Le dí mis excusas; continuó:

—No, no te disculpes. Iba á contarte, como á un sabio que eres, de qué modo me ha tratado hoy. Júzgame, si eres un hombre justo. Apenas nos habíamos sentado á la mesa creí que se disponía á comerme, á ahogarme en un vaso de agua. Es tan grande el orgullo de aquel hombre, que no acierta á dominarse. Se le veía inclinado á buscarme camorra; á darme lecciones de comportamiento. Quería saber por qué soy tan gordo en vez de ser delgado. Veamos; ¿qué cree usted de semejante pregunta? ¿Es de buen sentido? Yo le contesté juiciosamente. «Ha sido Dios el que me ha hecho así, Foma Fomitch; unos son gordos, otros flacos, y no hay que revelarse contra la Providencia». Creo que fui juicioso. «No—me dijo—tú posees quinientas almas; vives de tus rentas y no

prestas ningún servicio á la patria; en vez de trabajar, te quedas en tu casa, tocando el acordeón». Y es cierto que en mis días de tristeza toco el acordeón. Contesté del siguiente modo sensato: —«¿Qué servicio podría yo realizar, Foma Fomitch? ¿Qué uniforme podría sostener este vientre? Admitamos que pudiera endosarme mi uniforme y hasta abrocharme los botones, ciñéndome bien y en cuanto tuviese la desdicha de estornudar, casualmente, saltarían los botones todos; y si este accidente me sucediera delante de los jefes, que podrían tomarlo como una burla de mal género, ¡Dios me bendiga! ¿qué me pasaría?» ¿Hay algo de ridículo en todo eso? Pues se retorció de risa... No, no tiene el más insignificante pudor. Y en seguida se puso á insultarme en francés: —«¡Cochón!»— me decía. *Cochón*, sé lo lo que significa. «¡Ah, sabio maldito! ¿me crees imbécil?» Había sufrido mucho tiempo; pero ya se me agotaban las fuerzas. Me levanté de la mesa y delante de todo el mundo le lancé á la cara esto: «¡Perdóname, Foma, protector mío; te había tomado por un hombre bien educado; pero eres tú más *cochón* que todos nosotros». Le dije eso y me marché de la mesa, precisamente cuando traían el *pudding*. ¡Al diablo con el *pudding*!

—Perdóneme—dije, cuando terminó su narración el señor Bakhcheief.

—Comparto sin duda su opinión sobre cuánto ha dicho usted; pero todavía no sé nada positivo... y tengo, sin embargo, algunas ideas propias.

—¿Algunas ideas?—preguntó Bakhtcheief, con recelo.

—Usted verá—comencé embrollándome un poco;—acaso no haya elegido bien el momento; pero las desarrollaré. Pienso que podría ocurrir que nos equivocásemos los dos en nuestros juicios acerca de Foma Fomitch, y que es posible que todas esas rarezas oculten una naturaleza excepcionalmente dotada. ¿Quién sabe? Acaso sea uno de esos corazones doloridos, destrozados por el sentimiento y agriados contra toda la humanidad. He oído decir que hubo un tiempo en que hacía de bufón; es posible que las humillaciones y los ultrajes recibidos hayan hecho nacer en él una sed de venganza... ¿Comprende usted? ¡un corazón noble... la conciencia de... ¡y reducido al papel de bufón! Como consecuencia desconfía del género humano, esto es, de los hombres todos... y ¡quién sabe si reconciliándole con sus semejantes, es decir, con los hombres, no llegaría á ser una personalidad notable!... porque debe haber en él algo... seguramente existe una razón para que

todo el mundo se incline de ese modo ante él...

Me enredaba en mi discurso cada vez más, cosa excusable en un joven; pero Bakhtcheief no lo juzgó así. Mirándome en lo blanco de los ojos con dignidad severa, enrojeció como un pavo y me preguntó brevemente:

—Vamos, ¿Foma es un hombre excepcional?

—¡Oh! No digo eso. No estoy seguro de que sea así. Es una suposición.

—Dispense usted la curiosidad: ¿ha estudiado usted filosofía?

—Pero ¿qué importa eso?—pregunté con asombro.

—Nada—contestóme sencillamente:—¿ha estudiado usted filosofía? ¿sí ó no?

—He tenido intención de aprenderla... pero...

—Está bien—gritó el señor Bakhtcheief abriendo las esclusas de la indignación.—Antes de que abriese usted la boca lo había adivinado. No me equivoco nunca. Huelo un filósofo á tres versas de distancia. ¡Vaya á abrazar á Foma Fomitch! ¡Ha hecho de él un hombre excepcional! ¡Puede hundirse la tierra! Le creeré á usted un hombre de buen sentido y... ¡Adelante!—ordenó al cochero ya instalado en el asiento del coche recién compuesto.—¡Vámonos!

Hice los mayores esfuerzos para cal-

marle. Terminó por endulzarse un poco; pero seguía guardándome rencor. Había subido al coche con ayuda de Grigori y de Arkhip el que había corregido tan sentenciosamente á Vasilef.

—¿Volverá usted á casa de mi tío?
—pregunté acercándome al coche.

—¿A casa de vuestro tío? ¿Se figura usted que soy un hombre fuerte, que sabría mantener mis decisiones? Como hombre soy blando y esa es mi desgracia. Antes de una semana habré vuelto. ¿Y para qué? No sabría decirlo; pero volveré y me pelearé una vez más con el tal Foma. Esa es mi desdicha. Dios me ha mandado á Foma para castigo de mis pecados. Tengo un corazón femenino, inconstante. Soy un cobarde de primer orden.

Nos separamos amistosamente. Me invitó á que fuese á comer con él.

—Ven á verme, á comer conmigo; mi aguardiente viene á pie desde Kier y mi cocinero de París. Nos sirve platos que le hacen á uno chuparse los dedos y saludar al gran canalla, doblándose hasta el suelo! ¡Un mozo que sabe! Hace tiempo que no le he mandado azotar y comienza á hacer de las suyas... pero ya me lo has recordado... ¡Ven! Te habría invitado hoy mismo; pero estoy deshecho. Apenas puedo tenerme sobre las piernas. Soy un hombre enfermo y

blando. ¿No lo cree usted? Bien, adiós. Ya es hora de que me ponga en camino y además tu tarantass ya está reparado. Dile á Foma que no se me presente jamás si no quiere que el encuentro sea tan conmovedor que...

Pero las últimas palabras no llegaron hasta mí: arrastrado por los cuatro vigorosos caballos, el coche desapareció en un torbellino de polvo.

Hice arrancar el mío y atravesamos rápidamente la ciudad.

«Sin duda exagera—pensaba;—está demasiado descontento para poder ser imparcial. Pero todo lo que me ha dicho de mi tío me parece significativo. Ya hay uno que le dice enamorado de aquella muchacha... ¡Hum! ¿Me casaré? ¿Sí ó no?» Y me quedé sumido en una profunda meditación.